

## Tiempo de reflexión

Juan de Molina Guerra  
5º Accesit categoría senior

Todo empezó el día que Arcángel apareció en la biblioteca de la facultad con su testa privilegiada brillando bajo el sol, que se colaba por los amplios ventanales del tercer piso.

Su cráneo exquisito, mondo y tostado, hubiera hecho las delicias del antropólogo Caro Baroja, al que imaginaba con el calibre en una mano y el cuaderno de notas en la otra, dispuesto a tomar las medidas de tan singular calavera.

No había cruzado palabra con Arcángel desde que coincidimos en el Servicio Militar, en el cuartel de la Armada, donde yo desperdiciaba mis días desempeñando labores de cabo furriel en una oficina sombría, y adonde aquél acudía, cada semana, para que le concediese continuas licencias por aquello del paisaje.

-Hola, Ledesma -me dijo-, me he enterado que has ganado un premio.

Sus palmaditas en mi espalda me sorprendieron tanto como sus palabras. ¿Qué hacía Arcángel en una biblioteca universitaria? ¿Cómo se había enterado de mi galardón literario?

Hacía más de treinta años de aquella convivencia militar, y ahora él aparecía en mi vida invitándome a la sorpresa. Al parecer, preparaba el examen de ingreso a la Universidad para mayores de cuarenta y cinco años.

-Yo también soy poeta -dijo-.

En ese instante, oí un siseo que provenía del mostrador. Giré la cabeza y vi a Sofía con el índice pegado a los labios y las cejas enarcadas detrás de sus gafas de carrey. Vi su castaño pelo rizado y su

rostro impenetrable. ¿Era una sonrisa, acaso, lo que adivinaba tras el mástil de su dedo que nos invitaba al silencio? Recordé la críptica, confusa sonrisa de *La Gioconda*. ¿Tenían algo en común ambas mujeres?

Arcángel me sacó de mis elucubraciones:

-Tenemos que hablar bajito -dijo-, la jefa se ha puesto seria.

Miré de nuevo a Sofía y levanté la palma de mi mano en señal de asentimiento. Estábamos en el templo del saber, y no iba a ser yo quien alterara el clima de recogimiento que se respiraba en el enorme salón atestado de libros. Así que me levanté y, apoyando mi mano en el hombro de aquel *aparecido*, fuimos a sentarnos a una mesa apartada.

Sus palabras habían despertado mi curiosidad. Recordaba a Arcángel como una persona simple. Sus pies se abrían en un ángulo obtuso y ostentaba una barriga de abandono. En general, su fisonomía era harto llamativa, ya que al brillo de su cabeza se unía la ausencia de un cuello claramente perceptible, que había sido sustituido por una blanda papada.

Su comportamiento no distaba apenas del recuerdo que yo conservaba de nuestra etapa como soldados. Tenía cincuenta y tres años, y seguía siendo aquel niño grandote, un tanto torpe, que se había negado a crecer. Aquel niño grande que, siglos atrás, me intercedía cada semana para que lo librara de las guardias en la madrugada, de las imaginarias en la alta noche y del túbulo de papas que aguardaban en la cocina, indolentes y ajenas, las manos inexpertas del recluta de turno.

Ni siquiera recordaba su nombre de pila. Era lo común en aquellas circunstancias. Yo era Ledesma y él era Arcángel, sin más.

Y ahora él estaba ahí, sentado a mi lado, con su lluvia de saliva cada vez que abría la boca, esos copos diminutos, heraldos de sus palabras, de los que yo procuraba escabullirme discretamente, sin que él se percatara de mis movimientos.

-De modo que eres poeta.

-Tengo muchas poesías. ¿Te gustaría leerlas?

-Claro.

-Hay un problema.

-A ver...

-Es que son surrealistas. A mí me gusta el surrealismo.

-Bueno, déjamelas, y ya veremos.

De alguna manera, él se había enterado de mis logros literarios. Me confesó que me seguía desde hacía algún tiempo, y que quería ser como yo. Luego me puso en la tesitura de que corrigiera sus trabajos y le enseñara a escribir: quería, de alguna forma, conocer los trucos del oficio.

-No hay trucos -le dije-, sólo trabajo y pasión.

No sé si fue por librarme del chirimirí de su verborrea inconexa, que humedecía la parte de mi cuerpo más próxima a su persona; si fue mi congénita inclinación a hacerme amigo de los más débiles; si, quizás, me habría embrujado su desconcertante personalidad; si fue porque enaltecía mi ego con sus continuas alabanzas hacia mi trabajo; si creía vislumbra en él a un diamante en bruto al que yo podía pulir...

Sea como fuere, me escuché a mí mismo confirmándole que nos veríamos una vez a la semana en la biblioteca, adonde él acudiría con su inédita obra para que yo le diese lustre.

Después de darme las gracias repetidamente, se levantó, asió su bolsa de plástico atestada de fármacos y se dirigió hacia la salida arrastrando los pies. Al pasar junto al mostrador, levantó la mano

y sonrió a Sofía, que dibujó en su rostro un gesto que se diría salido del pincel de Leonardo.

De repente, Arcángel había desaparecido, y su lugar había sido ocupado por aquella sonrisa que no era sonrisa, por aquel rostro que estaba sin estar, por aquella mujer, en fin, que era sin ser. Sofía o el misterio. El enigma de Sofía. Títulos para un ensayo acerca del alma femenina.

Era lo bueno que tenía la literatura, que ponía alas a la imaginación: Ledesma haciendo de Dios por un instante, dispuesto a moldear las aspiraciones de Arcángel, o descendiendo al laberinto del alma de Sofía, tal que un Virgilio de clásicas resonancias, o, acaso, un cicerone de pacotilla. Porque, a todo esto, caí en la cuenta de que llevaba más de una hora descuidando mi trabajo: *Cheever o la expulsión del paraíso* esperaba en el folio en blanco, paciente, sesudo, quizá con una sonrisa de sarcasmo, sabiendo de mis veleidades, de mis distracciones, ay, vanas y deleitosas.

La comunidad universitaria era muy exigente. Ya llevaba cierto tiempo sin publicar y mi prestigio podría resentirse. Así que intenté centrarme en mi libro. Cheever reclamada mi atención. Parecía estar pidiéndome a gritos que intercediera por su espíritu atormentado, que tratara de profundizar en las razones de su expulsión del paraíso. Su convulsa adicción al alcohol era la parte visible del iceberg. ¿Constituía su secreta homosexualidad la parte sumergida? ¿O era, simplemente, una persona que amaba demasiado y que no se sentía suficientemente amado?

Me había levantado a estirar los pies, seguido de la sombra de Cheever. Llevaba en la biblioteca desde la hora de la apertura a las nueve de la mañana y, ahora, el reloj marcaba las 12:37. En

casa no había forma de centrarse, y dado que las clases las impartía por la tarde, la biblioteca de la facultad era mi santuario preferido.

Me había acercado a una de las ventanas. La sierra se percibía cercana y nítida, como un farallón de roca rodeando la ciudad. El sol arrancaba destellos de la piedra lavada tras las últimas lluvias. Y, entonces, las vi. Vi el rebaño de cabras caminando entre los riscos, en fila india, brillantes bajo la luz del mediodía, como diminutos vagones de mercancías, abruptos, prodigiosos, irreales, apareciendo y desapareciendo entre las escarpaduras, entre algarrobos y quejigos. Había una belleza agreste en aquel tren animal que no cesaba de transitar ante mis ojos absortos, fulgente, interminable.

Continué pegado al cristal de la ventana, hechizado por aquel prodigio de hermosura, hasta que el último vagón, blanco de luz, eclipsó su destello tras las cárcavas calizas.

La vida se movía, el mundo se movía. Todo a mi alrededor era movimiento: Arcángel como una revelación, en busca del tiempo perdido; Cheever, prolífico y complejo, abandonando los cuentos y tratando de encontrar en sus *Diarios* una terapia redentora con que aliviar el invierno de su desventura; y Julia, ay, Julia aprovechando mis ausencias cotidianas de 9 a 13 para cambiar de sitio los muebles, una vez más. Sí, todo giraba en torno mío, y yo, mientras tanto, anclado en mi laberinto, trataba de descifrar si todo aquel trasiego conducía a alguna parte.

El lunes, Arcángel acudió puntual a nuestra cita en la biblioteca. Yo había reservado ese día para él. En mi interior, tiernamente, había bautizado

nuestros encuentros semanales como *los lunes de Arcángel*.

Apareció ataviado con un chaleco de púrpuras damascos. Parecía un dandy impostado. Había conseguido que Sofía abandonase por un instante su sonrisa a medio componer y mostrase un semblante franco, abierto, concediéndome la licencia de que pudiese disfrutar, fugazmente, eso sí, de su risa inmaculada. Por alguna razón pensé en Óscar Wilde y en su lacia melena, su bastón y su abrigo de pieles, sus luengas capas y sus gestos lánguidos, desmayados.

-Pareces un pincel -le dije.

-El hábito hace al monje -dijo, a lo que siguió esa breve carcajada suya tan particular, acompañada de la llovizna inevitable de su saliva.

Como era de suponer, la risa estentórea del vate exultante originó la onomatopeya siseante de Sofía, que, detrás del mostrador, nos enviaba el dardo de su silbido conminándonos a la contención. Sus labios en "o" no mostraban esta vez su rigor de antaño. De alguna forma, anunciaban un punto de distensión, un relajamiento desconocido que le daban cierto atractivo. Y aquel sosiego que emanaba de su rostro la tornaba más bella.

Arcángel era tripón, así que, una vez se hubo sentado, procedió a desabrocharse los botones más bajos de su cegador chaleco.

-Me ahogo -dijo, y volvió a reírse con esa risa húmeda de la que me era imposible huir debido a su cercanía.

-No se puede ser un dandy sin pagar un tributo -dije, pensando en el endiosado Wilde, pero Arcángel no pareció oírme, o quizá no quiso recoger mi guante: él iba a lo suyo, así que me respondió, agachando la cabeza y acercándose,

para mi horror, a mi hombro, como quien confidencia un secreto:

-Me voy a dejar crecer el bigote y la perilla.

-No es mal comienzo -dije, tratando de imaginarme qué engendro podía emerger de aquella mezcla de Wilde y Bécquer. Y lo vi por un instante saliendo del supermercado con su chaleco cardenalicio y su porte romántico, cargado de bolsas de plástico, precedido por el mascarón de proa de su abultado vientre y dejando tras de sí la estela de las risitas cómplices de las cajas.

-Bueno, veamos qué traes.

Yo estaba deseando conocer su obra. Estaba tan ilusionado como él. Su manifiesta pasión por las letras había conseguido despertar mi interés. Observé con impaciencia cómo sacaba una bolsa de plástico de otra de mayor tamaño. Luego sacó de ésta una carpeta. Miré de soslayo a Sofía, que no nos quitaba ojo, intrigada por aquel hatillo, aquellas capas de cebolla, aquella liturgia de muñecas rusas que parecía no tener fin, porque, de la carpeta, Arcángel volvió a sacar una nueva bolsa de plástico, de la que -¡a Dios gracias!- aparecieron, de una vez por todas, sus misteriosos originales.

Esparcí sobre la mesa una veintena de folios satinados, de gran grosor, salpicados, aquí y allá, de fotos en color y grecas variadas con motivos florales, y, en medio de aquella pirotecnica cromática, las columnas asimétricas de sus versos, atestados de cursivas y negritas, como quien convierte el caos de la tipografía en el becerro de oro de su adoración.

-¡Vaya! -exclamé.

-Son surrealistas. A ver si te gustan.

La mayoría de los poemas eran sonetos, dedicados a muchachas extranjeras: A Virgine, a

Emma, a Clarice... ¿Dónde las habría conocido? Otra tanda, no menos extensa, iba dirigida a la charcutera de la esquina, a la verdulera del barrio, a la dependienta de "Todo a 1 euro". Yo no salía de mi asombro, máxime cuando, en medio de aquella imaginería, encontré un soneto extraño. Tenía dieciséis versos, y a los clásicos endecasílabos le habían nacido unas ramificaciones, una hiedra de sílabas que rompía la métrica a su albedrío. Lo miré interrogante:

-¿Y esto?

-Es un soneto "adornado".

-Si le quitas los adornos, te queda un soneto con estrambote.

-¿Y eso qué es?

Así era Arcángel, estrambótico él mismo e imprevisible. Un poeta devoto del collage, esclavo de la rima consonante, aficionado al ripio y a la tontería, al humor fácil y al erotismo descarnado: un poeta que encontraba en las tenderas y en las pálidas extranjeras las musas de su inspiración.

Cuando terminé de leer sus originales galimatías, exhalé un hondo bufido de satisfacción, como una tartana vieja que consigue a duras penas coronar la cima después de enconada batalla con una empinada cuesta.

Ahí supe que me esperaba una dura tarea de artesano; que el calderero tendría que sustituir al escritor; que tendría que cambiar la pluma por la lima, enterrar al poeta y echar mano del pedagogo.

-Llevas razón -le dije, sonriendo-, son bastante surrealistas.

¿Cómo podía dejarlo en la estacada? Había algo en él que me hechizaba. Desprendía una luz hipnótica que, andando el tiempo, comprendí que provenía de su deseo sincero de aprender el arte

poética, de su hondo convencimiento de emular a su maestro, como ya me llamaba.

Y en esa tarea andábamos de abandonar las aguas bravas de la heterodoxia y el surrealismo por los meandros serenos del clasicismo y la ortodoxia, cuando se me acercó al oído y me reveló su húmeda confidencia:

-La jefa se ha separado del marido -me dijo, a la vez que miraba hacia el mostrador, donde una Sofía abstraída miraba hacia un punto indeterminado de la sala. Sofía con sus gafas de carey y su pelo rizado, mirando, en realidad, hacia dentro, haciéndose, tal vez, la eterna pregunta, tratando de encontrar una certeza.

Ya solo, después de que Arcángel recogiera el dédalo de su atillo y se despidiera de "la jefa" con su eterna sonrisa de niño grandote, me acerqué al mostrador. Con la excusa de Cheever, la enredé en la tela de araña de mi retórica. Le confesé que mi ensayo no acababa de avanzar; que la enjundia de John requería de un gran esfuerzo por mi parte. De ahí pasamos al chaleco de Arcángel, a su porte, que él llamaba bohemio, a la singularidad de su ser todo. Y, así, de una forma taimada, cuando entendí que Sofía estaba propicia a mi dentellada, la guardia baja y el semblante distendido, le espeté a bocajarro:

-He oído que te has separado de Elpidio. ¿Es cierto?

-No exactamente -me dijo, y esbozó una leve sonrisa que yo le agradecí secretamente. Como quiera que ella debió observar mi cara de pasmo y expectación, continuó:

-Nos hemos tomado un tiempo de reflexión.

¿Qué había ocurrido en mi interior desde ese día?  
¿Por qué no podía apartar a Sofía de mi

pensamiento? ¿Acaso el santuario de las letras que ella dirigía con sobria eficiencia le confería un atractivo añadido, una pátina de misterio que acentuaba su reserva y distanciamiento y acrecentaban, por ende, la atracción que desprendía ante mis ojos? ¿Debía entender que ella había tendido el puente levadizo de su altivez, que estaba dispuesta a rendir la fortaleza de su distanciamiento en aras de esa luz nueva que se había colado de rondón en el sendero anodino por el que transitaba su vida?

Yo no tenía derecho a inmiscuirme. Pero Sofía había abandonado su sonrisa de *Mona Lisa*. Ahora sonreía francamente. Desde que yo era dueño de su secreto, desde que el muro de su hieratismo se había derrumbado a mis pies, las incursiones hasta el mostrador de la biblioteca se habían convertido en una monomanía: cuando no era la impresión de una búsqueda en Internet, era la fotocopia de una página de texto. Le pedía diccionarios por doquier, enciclopedias varias, monografías. Cualquier cosa valía con tal de verle de cerca sus ojos de ámbar encendidos detrás de las gafas de carey, percibir por un instante la estela que escapaba de su pelo cuando movía la cabeza, cuando se levantaba hasta la fotocopidora y yo deslizaba mi mirada por el tobogán de sus caderas.

Sólo en los lunes de Arcángel yo relajaba mi asedio. El aprendiz de poeta, por su lado, había cumplido su promesa de adoptar una pose. Con el tiempo, la sombra azul de su bigote y su perilla habían cobrado entidad, hasta el día en que se vio a sí mismo como el Gustavo Adolfo al que pretendía emular. Quería ser como Bécquer, como Óscar Wilde, como Ledesma, su maestro. Era su forma de ser él mismo. En el eclecticismo apócrifo había creído encontrar su alter ego. ¿Quiénes éramos

para él, sino meros iconos literarios? Porque, a todo esto, él seguía a lo suyo, iba a su bola, que se dice: si yo le recomendaba que practicara el verso libre, él me respondía con la rima consonante; si le recomendaba la asonancia, me componía un soneto (eso sí, sin adornos); si le pedía que compusiera un poema en verso blanco, me traía, a cambio, dos décimas y tres haikus. Pero el caso era que escribía. Y yo lo observaba feliz encajando sus rimas, componiendo el puzzle de sus fruslerías, mientras trataba de descifrar el enigma de a qué lugar acudía para conocer, como él afirmaba, a tanta chica foránea, y de dónde procedía su propensión a escribirles ditirambos a las dependientas.

Y, entonces, ocurrió. Llevaba unos días enfrascado en mi ensayo. *Cheever o la expulsión del paraíso* había salido, por fin, de los arrecifes en que se hallaba encallado por las distracciones de Arcángel y Sofía. Había conseguido, siquiera fuese por un breve lapso de tiempo, volver al tormento del escritor norteamericano. Había releído por sexta vez *El ladrón de Shady Hill*, *El marido rural* y *El nadador*. Y había creído entrever en esos cuentos las razones de su expulsión del paraíso, el porqué de su sentimiento angustioso, de sentirse en todo momento y lugar un *expulsado*.

Pero ahí miré por la ventana, y vi de nuevo el tren animal transitando entre los riscos, la luz que emitía la piel de los vagones, el bruñido pelaje del que escapaba aquel fulgor, tal que el chaleco de Arcángel con sus púrpuras arabescos.

Aquel éxodo animal me hizo cavilar que la vida es movimiento, puro cambio. Lo decía Heráclito de su río incesante. ¿Era, tal vez, el momento de

buscar la gema perdida, tanto tiempo extraviada en el desván de la desidia?

Miré las cabras encendidas. Luego miré a Sofía, sus ojos perdidos colgados del dintel de la zozobra. Algo se había cimbreado en mi interior, algo que me concitaba a la emoción de lo nuevo. Aquel tren animal era una epifanía, y yo debía montarme en él, quemar mis naves, dejarme llevar, acunarme en su dulce traqueteo. ¿Camino de la diáspora? ¿Quién lo sabía? Yo también era un expulsado.

Abandoné la biblioteca y me dirigí a mi casa. Julia estaba afanada mudando el sofá de sitio por enésima vez. Le posé una mano en el hombro y le pedí, por favor, que se sentara. Luego, con la voz temblorosa, tratando de encontrarle la mirada de asombro, le dije: "Julia, creo que deberíamos tomarnos un tiempo de reflexión".